

PAUTAS DE ASENTAMIENTO EN LA SELVA

Jesús Víctor SAN ROMAN

En partant des rapports de voyages, des lettres et des journaux des voyages des premiers missionnaires, l'auteur analyse les diverses formes d'établissement traditionnels de la forêt. Il décrit les différences existantes entre les concentrations humains de la zone appelée "várzea" et ceux de "terra firme". De même, il décrit avec détails les modèles des case-collective, de village de mission, de ferme agricole riverain et de l'ensemble des maisons d'une localité riveraine, appelé "caseríos".

Relying upon the travel relations, letters and diaries of the first missionaries, the author analyzes the different types of traditional settlements in the jungle. He describes the differences that existed between the human groups in the zones known as "várzea" and those located in "terra firme". He also gives a detailed description of the different models of the communal house, the mission town, the river farm and the river village.

Auf der Grundlage von Reiseberichten sowie Briefen und Tagebuechern der ersten missionare, analysiert der Autor die verschiedenen Formen traditioneller Siedlungen in der Urwaldregion. Die vorhandenen Unterschiede menschlicher Gruppierungen zwischen der sogenannten "várzea" Zone und der "terra firme" werden ebenso detailliert beschrieben wie die Modelle Gemeinschaftshaus, Missionsdorf und einzelner bzw, gemeinschaftlich siedelnder "ribereños".

CONTENIDO

Condicionamiento ecológico

Formas primitivas de agrupamiento

Modelos de casas

Anexos de la casa comunal

Ubicación geográfica y estructura del núcleo habitacional

Espacio vital y vida semi-nómada

El pueblo misional

El fundo ribereño

El caserío ribereño

Anexos (10)

Bibliografía

CONDICIONAMIENTO ECOLOGICO

La ecología amazónica es compleja: temperatura elevada y bastante uniforme, abundancia de lluvias con frecuentes aguaceros, vegetación lujuriente y suelos difíciles. Estos suelos, en una gran parte, se hunden y emergen de las aguas, siguiendo los cambios rotativos de estaciones. Es un ritmo de creciente y vaciante que, a través de los diversos meses del año, se extiende con diversa intensidad a todos los ríos de la selva amazónica, obligando a una distinción neta de tierras *inundables* y *no inundables* (1). Por otra parte, los estudios experimentales de caracterización de suelos dan, para la mayor parte de las tierras analizadas, un grado elevado de acidez (ultisoles). Esto quiere decir que son suelos pobres, de baja fertilidad. Sin embargo, existen procesos naturales de abonamiento que posibilitan su utilización con fines de cultivo. Estos procesos pueden reducirse a dos: *empurmado* e *inundación*. El primero —proceso de empurmado— se apoya en la regeneración natural del bosque tropical y esto se logra por medio de la rotación de las tierras de cultivo; y el segundo —proceso de inundación— aprovecha el ritmo de creciente y vaciante, siendo esta última la época de cultivo.

Volviendo a la vegetación, la flora y la fauna de la selva amazónica reúnen una rica variedad de especies, muchas de las cuales no han sido todavía estudiadas y catalogadas científicamente. Por consiguiente, los recursos provenientes de esos campos son abundantes, pero tienden a estar dispersos y disminuyen rápidamente.

La adaptación exitosa del hombre primitivo a esas condiciones ecológicas impuso límites a la presión demográfica, no permitiendo una población numerosa ni concentrada. Ciertas prácticas culturales, como el infanticidio, las guerras entre grupos, las muertes por brujerías, etc. fueron respuestas sofisticadas a estas exigencias limitantes del medio ecológico, aunque la gente las vea como actos de salvajismo. Por esos medios debió llegarse a un equilibrio entre población y ambiente ecológico, de modo que la intensidad en la utilización de recursos no excediese la capacidad regenerativa.

Por supuesto, hay que admitir diferencias de densidad según las variaciones locales en recursos alimenticios y otras facilidades de habitabilidad. Bajo este aspecto, las "várzeas" amazónicas llevan ventaja a la "tierra firme". En las várzeas la tierra es más fértil y, además, los recursos se presentan en forma más concentrada y productiva. Este hecho permitió una mayor presión demo-

1. Betty Maggers habla de "várzea" y "tierra firme". Las várzeas son suelos de origen reciente, donde periódicamente se depositan los sedimentos llevados por la aguas.

gráfica. Confirmando esa posibilidad, las islas y riberas del río Amazonas parece que soportaron mayor índice de densidad, según se desprende de la lectura de Carvajal (2), y de las informaciones posteriores de Acuña y Fritz.

Admitida la mayor riqueza de las várzeas, se debe suponer que fuesen zonas de preferente interés, particularmente para la oleada de inmigrantes que, en diversos momentos, penetraron en la selva. Es, así mismo, lógico suponer que los grupos más débiles se vieran forzados a retirarse hacia ríos y quebradas de menor importancia o hacia los últimos rincones de tierra firme. Y, siendo esto así, se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que el poblamiento de la selva tuvo sus líneas centrales de asentamiento en el río Amazonas y sus principales afluentes. A medida que uno remontaba su curso y penetraba por afluentes secundarios y quebradas, subiendo hasta las cabeceras, la densidad demográfica disminuía. Estas suposiciones son confirmadas por el testimonio de primeros testigos y llevan el aval de la investigación.

Formas primitivas de agrupamiento

Una primera constatación que se saca al leer las relaciones de viaje, así como las cartas y diarios de los primeros misioneros, es el pluralismo étnico-cultural. Pluralismo que fue, sin duda, resultante de una conjugación de factores raciales y culturales, y su determinante ecológico. Sin embargo, dentro de ese pluralismo étnico-cultural es posible identificar dos mayores tendencias en las formas de agrupamiento, siguiendo la distinción que hemos hecho de "várzeas" y "tierra firme".

En su relación de viaje, Carvajal —cronista de la expedición de Orellana— nos habla de pueblos grandes a orillas del Amazonas. Dice, en dicha relación, que había uno que se extendía por 5 leguas, sin espacio que interrumpiese de casa a casa; y habla también de otro que se prolongaba por más de 5 millas a lo largo de la cumbre de una alta ribera, separada de la tierra firme por una "ciénaga" (aguajal). Y, según el mismo autor, entre pueblo y pueblo no había el tiro de un arco y los más alejados no estaban a más de media legua. Los pueblos grandes eran divididos en secciones, cada una disponiendo de su propio embarcadero en el río. Cada pueblo tenía un jefe y todos los pueblos estaban unidos en una provincia, bajo la autoridad de "un muy gran señor" que tenía muchos pueblos bajo él.

Aun suponiendo cierto grado de exageración en la narración de Carvajal, debemos con todo aceptar la existencia de agrupaciones relativamente grandes, posiblemente de hasta 2,000 y aun 3,000 habitantes. Y, de hecho, otros testimonios algo posteriores (Maroni, Acuña, Fritz, y Laureano de la Cruz) confirman esa forma de asentamiento para las tribus de los Omaguas y Cocamas (3) que habitaban en la zona descrita. De los pueblos cocamas dice Maroni (XIX, 92) que estaban formados por 30 a 40 casas, cada una albergando varias fami-

2. Véanse las citas en la bibliografía final.

3. Estas dos tribus pertenecían al tronco lingüístico Tupí-Guaraní.

lias biológicas; Fritz (50-1) habla de casas omaguas habitadas por 3 a 12 familias biológicas; y Laureano de la Cruz (82, 84-8) afirma que el número de habitantes en 34 pueblos de las islas del Amazonas variaba de 16 a 250 personas. Las cifras de estos autores son menores que las proporcionadas por Cavajal —¿exageraciones de Carvajal? ¿cambios demográficos y políticos en el tiempo que media entre el testimonio de Carvajal y los otros testimonios?—, pero de todas formas prueban la existencia de aglomeraciones relativamente grandes.

Los restantes grupos nativos que habitaban la “tierra firme”, vivían formando pequeños núcleos habitacionales, “según es costumbre inviolable de toda tribu oriental” (Izaguirre, XII, 401). Los testimonios de misioneros que tuvieron contacto con esos grupos, son constantes en afirmar el hecho. En sus diarios, cartas y relaciones nos hablan de “rancherías”, “estancias familiares”, “casas familiares”, “pueblos”, con una o muy pocas casas, y una población que oscila entre 8, 15, 20, . . . y un máximo de 250 a 300 personas. Por eso Chantre y Herrera (67) pudo afirmar de las tribus del Marañón: “por numerosas que sean las naciones del Marañón, de ninguna se ha encontrado propiamente población en aquellos bosques. Unas pocas familias en (una), dos, tres, o cuatro casas ocupan el sitio correspondiente”; y Amich (I, 200), hablando de los Shipibo, dice: “esta nación, aunque numerosa, pues tenía cerca de mil almas, no tenía pueblos, más vivían por familias esparcidas por aquellos montes, de suerte que ocupaban más de 20 leguas de norte a sur. . .” Se podrían multiplicar las citas, pero lo juzgo innecesario, dada la evidencia del hecho.

El pequeño núcleo habitacional de que venimos hablando, podía estar formado por una sola casa o bien por más de una, con un máximo aproximado de 10. Si aceptamos el testimonio de los misioneros, y no parece que podamos dudar por su carácter descriptivo de primera mano, la práctica común de la mayor parte de los grupos nativos de “tierra firme” era una sola casa. Los ejemplos son numerosos: Jíbaros (Izaguirre, XII, 401), Payaguas (Chantre y Herrera, 365), Yameos (Maroni, XXX, 532-5; Uriarte, II, 30), Shipibo (Skinner, 409), Pebas (Maroni, XXX, 51), Yaguas (Herndon y Gibbon, 4), . . . y las citas podrían multiplicarse, incluyendo grupos de las familias lingüísticas Arawak, Pano, Záparo, Tucano, etc.

La casa única era más comúnmente habitación de varias familias biológicas, “unidas por vínculos de parentesco o amistad” (Izaguirre, XII, 405). Es muy posible que todos, o al menos la mayor parte de esos grupos de familias biológicas, formasen unidades exogámicas, pero nos falta información sobre su composición y reglas de descendencia. Sin embargo, los datos que nos transmiten autores posteriores (Tessmann, Preuss, Veigl, etc.) y las normas actuales de ciertos grupos, menos integrados a la sociedad nacional, pueden llenar, aunque sea en forma imperfecta y con ciertos interrogantes, el vacío existente. Según esos datos y normas se puede presumir que la estructura social de los grupos era preferentemente patrilineal y patrilocal.

Tessmann ve excepción importante a ese patrón preferente en la familia chama del bajo Ucayali, donde el grupo era matrilineal y de característica matrilineal.

Como ejemplo generalizado de casa única y una sola familia biológica, Steward y Métraux ponen a las tribus del tronco lingüístico Arawak: Campas, Machiguengas, Piros y algunas otras. Y, ciertamente, las informaciones primeras nos hablan de casas pequeñas, habitadas por familias biológicas. Sin embargo, las narraciones franciscanas del Apurímac (año 1787) revelan la existencia de pequeños asentamientos que reunían 3 ó 4 casas. Izaguirre (VI, 286) se refiere a un asentamiento campá de 3 casas que, en total, albergaban 16 personas. En otros casos, se nos habla de casas en proximidad unas de otras, posiblemente de familias relacionadas patrilinealmente. En este supuesto, podemos tal vez pensar en una cierta estructura política y social que daría unidad a las diversas casas.

Esto nos introduce en otro modelo de núcleo habitacional, formado por más de una casa. Este parece haber sido el modelo primero de los Encabellados. En 1651 los Encabellados vivían en caseríos o pueblos de 4, 5 y hasta 8 casas, cada una habitada por una o dos familias biológicas, con una población total de 50 a 60 personas (Laureano de la Cruz, 36). Sin embargo, posteriormente parece que adoptaron la casa comunal, habitación de varias familias biológicas, según nos informa Chantre y Herrera (414, 488).

Cada núcleo habitacional, formado por una o varias casas, era económica y políticamente independiente. Con todo, se mantenían relaciones estrechas con núcleos vecinos, visitándose mutuamente y participando en los acontecimientos festivos. Particularmente en tiempo de guerra, esa unión se hacía más fuerte, incluso llegaba a ser unidad política bajo la autoridad de un jefe. De los Jíbaros, Betty Megger (62) dice: "aunque cada jibaría es un pueblo económica y políticamente independiente, es parte de un grupo más grande compuesto desde media a una docena de casas ocupadas por familias relacionadas que se desparraman a una distancia de unas 9 millas alrededor de ambas partes de un pequeño río". Este modelo, de núcleos habitacionales en relación íntima y con proximidad geográfica, parece que fue universal en tiempos pasados. La lectura de los primeros autores permite llegar a esa deducción.

Concluyendo, existen varios modelos de núcleo habitacional, con predominio de determinado modelo en cada grupo nativo. Sin embargo, ciertos testimonios divergentes nos hacen sospechar frecuentes excepciones a la regla o norma general del grupo, así como cambios del modelo. Las causas que pueden haber creado tales excepciones, son muchas: tensiones dentro de un núcleo habitacional, presiones demográficas, contagio cultural, situaciones de guerra, etc. En todo caso resulta difícil descubrir el modelo primero de cada tribu, al menos para algunas tribus. Y la dificultad aumenta si consideramos los posibles influjos del hecho misional, aun para aquellas tribus no directamente tocadas. No hay que olvidar que la mayor parte de los datos de que disponemos, están tomados en momentos de influjo misional, aunque sea en sus primeros momentos.

Modelos de casas

El nativo construyó sus casas de palos y hojas. Sin embargo, la forma de combinar esos palos y esas hojas dio origen a varios modelos. La vigencia de un determinado modelo de casa, para cada uno de los grupos nativos, fue sin duda un rasgo de la tradición cultural respectiva, pero también una imposición del medio ecológico y una exigencia de seguridad. Hay lugares donde abunda el mosquito, el mosco, la "manta blanca", etc., mientras que otros se encuentran libres o casi libres de esas plagas, por cierto muy molestas. Esa presencia o ausencia de plagas tuvo que influir necesariamente en la elección de un modelo cerrado o abierto de casa, sobre todo teniendo en cuenta el desconocimiento o falta de mosquiteros. Asimismo, debió condicionar el tipo de casa el mayor o menor peligro de ataque en que se encontrase el grupo. Por otra parte, el uso de casas individuales o de una casa comunal tuvo que ver, sin duda, con situaciones de guerra y otros factores, sin excluir la importancia de la norma cultural.

Refiriéndonos en concreto a la gran casa comunal, damos 4 modelos diferentes en los gráficos que acompañan. Son modelos vigentes todavía en algunos grupos nativos.

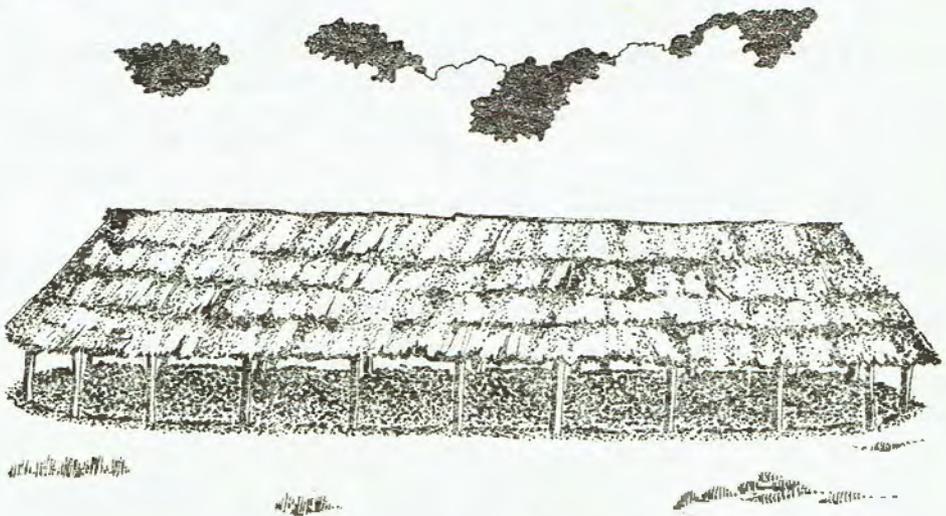


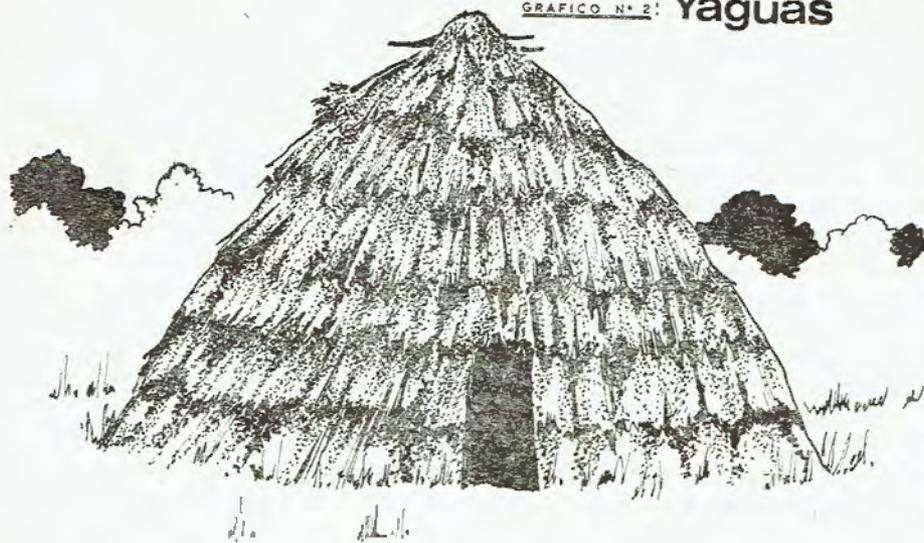
GRAFICO N° 1

Secoyas

Mod.1: Este modelo (gráf.1), muy simple, tiene forma elíptica u ovalada, aunque puede tomar también la forma rectangular. La estructura está compuesta de varios horcones que apoyan un techo de varillas y hojas. No tiene cerco o paredes. Es un modelo usado actualmente por los Secoyas. Este modelo sólo podía usarse en lugares donde no hubiese mosquitos.

Las medidas que se han tomado de una casa en la quebrada de Sta. María, son 30 a 35 m. de larga, 15 m. de ancho y 4 m. de alto.

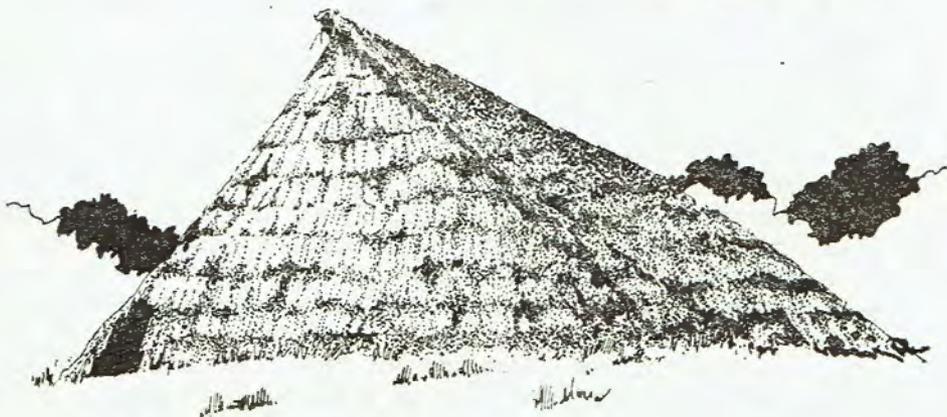
GRAFICO N.º 2: Yaguas



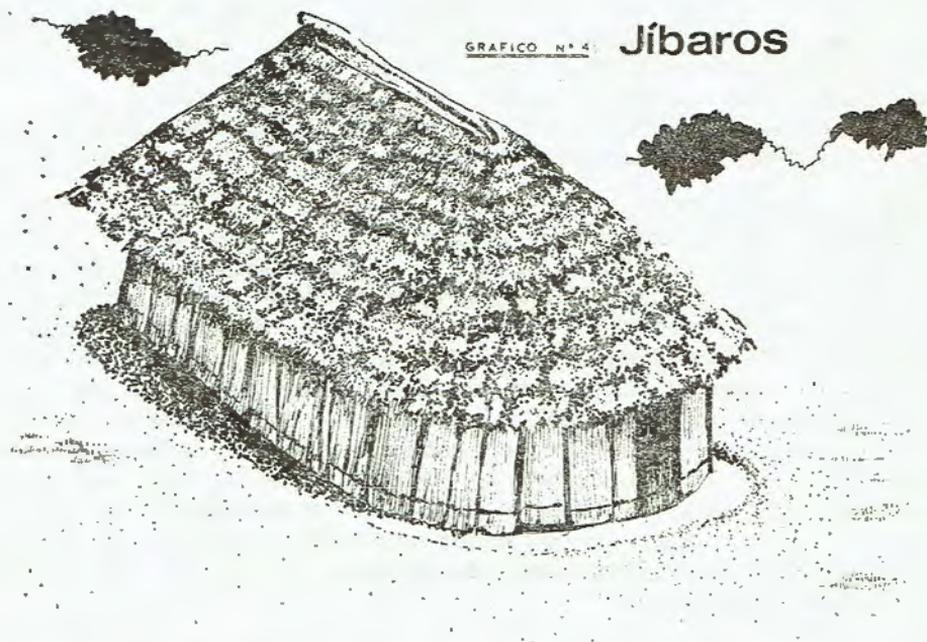
Mod.2: Parece que, en su forma primitiva, este segundo modelo (gráf.2) ha tenido forma cónica o de "colmena", pero la forma actual es más bien ovalada o elíptica, como puede verse en algún grupo de Yaguas y Witotos. La estructura no hace distinción entre techo y paredes, sino que las hojas descienden hasta el suelo, en plano inclinado. De esta forma la casa queda totalmente cerrada, con una o dos puertas de acceso.

Las medidas, tomadas de una casa ovalada, son: 20 m. de larga, 10 m. de ancha, y 10 m. de alta. En otro caso, pero de estructura circular, la medida ha sido de 20 a 23 m. de diámetro.

GRAFICO N.º 3: Mayorunas



Mod.3: El modelo tercero (gráf. 3) es de forma rectangular. Tampoco existe distinción entre techo y paredes, descendiendo las hojas hasta el suelo, como en el modelo anterior. Es el tipo de casa comunal que tienen actualmente los Mayorunas.



Mod.4: El ejemplo más conocido es la "jibaría" (gráf.4), casa comunal de los Jíbaros, ordinariamente de forma ovalada o elíptica, aunque puede tomar también forma rectangular. La estructura es de techo y paredes netamente diferenciados. El techo de varas y hojas descansa sobre una fila de horcones; y estos mismos horcones sirven de apoyo a las paredes de ripa que cercan la casa. Según el testimonio de los misioneros fue un modelo muy usado.

Las medidas de varias jibarias dan una media de 20 a 35 m. de largo y 10 a 20 m. de ancho.

Los cuatro modelos presentados han tomado, a través del tiempo, diversas variantes, según consta por los testimonios de misioneros y estudiosos. Anotamos, por ser un modelo bastante extendido, la casa de techo cónico, apoyada en una estructura cilíndrica abierta, o, en otros casos, cerrada con cortezas, madera, hojas o barro. Esta casa fue el modelo más usado por algunos grupos del tronco lingüístico Caribe y también Arawak.

Sería difícil, con los pocos datos de que disponemos, establecer prioridades temporales y procedencias culturales de los diversos modelos. Sin embargo, teniendo en cuenta la evolución que se descubre en algunas tribus, es po-

sible que la casa tipo colmena, con paredes y techo unidos, tenga mayor antigüedad.

Dando un paso más, penetramos en la gran casa comunal, pues es de suma importancia ver la distribución interior. Esta distribución nos descubrirá todo un sistema de organización y, últimamente, un modo de ser, de hacer y de pensar del grupo que la habita. Lamentablemente, los datos que nos transmiten los escritos de la primera época, son poco detallados. Es, por eso, que debemos acudir a informaciones posteriores que, por más que sean de valor más limitado por las alteraciones sufridas del contagio cultural, nos pueden permitir acercarnos al modelo o modelos originales.

Una constante del modelo, que viene probada por repetidos testimonios, es la separación de las familias biológicas en el interior de la casa. Los Pebas dividían el interior de la casa en departamentos familiares por medio de esteras (Maroni, XXX, 51); los Cashinahuas separaban los departamentos familiares por medio de una paianca horizontal (Tastevin, 151); los Cashibos repartían la casa entre las diferentes familias que habían tomado parte en la construcción y cada uno de los departamentos era llamado IDI (Trujillo, XII, 257); los Cahuaranos, ya en este siglo, colocaba sus departamentos en los lados de un pasillo central, separados unos de otros por tabiques hechos de cortezas de árbol (Tejedor, 83); los Ticunas dividían los corredores laterales entre las familias que ocupaban la casa, reservando el espacio central para ceremonias (Nimuedaju, III, 714). Y podríamos seguir dando más ejemplos, sacados de los escritos de los misioneros y estudiosos, pero creemos que los anotados son suficientemente representativos.

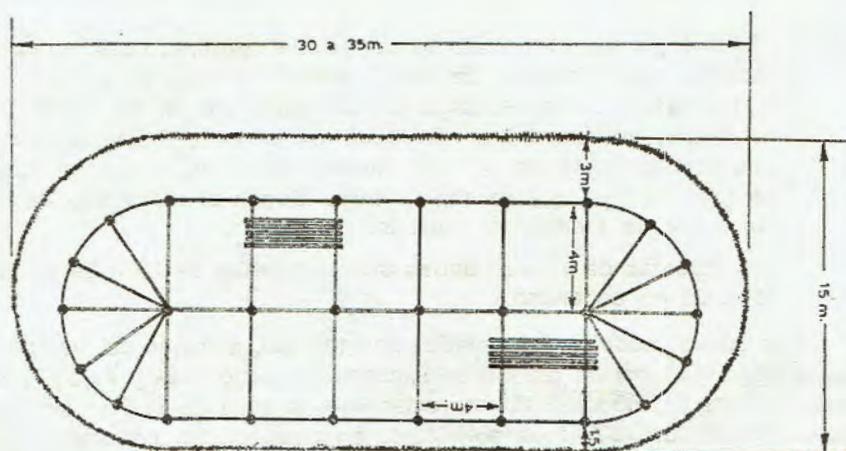
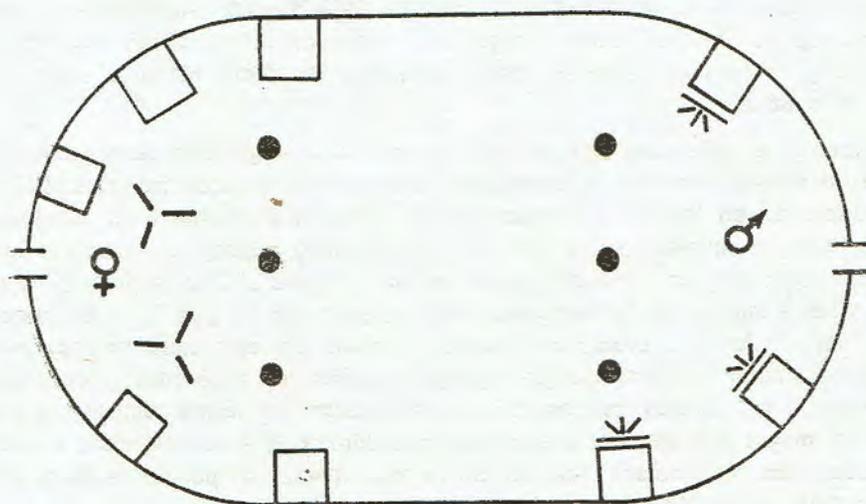


GRAFICO N.º 5: PLANO DE CASA COMUNAL
SECTA.

La casa comunal jíbara (jibaría) presenta una forma especial de división (gráf. 6). Está y estaba dividida en dos mitades, aunque sin separación formal, diferenciando a hombres y mujeres. Los hombres ocupan la mitad posterior, que da al monte, teniendo por esta parte su puerta de salida; mientras que las mujeres se colocan en la parte delantera, mirando al río, con su propia puerta de salida. Cada mujer se independiza de su vecina por medio de una división de esteras que, en los ejemplos observados, se elevan muy poco por encima de la barbacoa o estrado para dormir. Durante el día hombres y mujeres permanecen en sus respectivas mitades, pero, al llegar la noche, los hombres casados van a dormir a la barbacoa o estrado de la mujer; mientras que los solteros y visitantes permanecen en su propio estrado.

Cada familia —y, en el caso de los Jíbaros, cada mujer casada, también cuando dos pertenecen al mismo esposo— tenía su propio fuego, ordinariamente colocado delante de la barbacoa o estrado de dormir. Y el fuego, de especial significado para el primitivo, se mantenía encendido permanentemente.

GRAFICO N.º 6: PLANO DE JIBARIA



ESCALA APROX.:

1: 200

El centro de la casa comunal permanecía libre, sirviendo de pasillo y también como lugar de reunión y centro de actos ceremoniales y fiestas. A lo largo de las paredes, correspondiendo ordinariamente al espacio propio, se encontraban flechas, lanzas, pucunas o cerbatanas, y otros objetos; y del techo pendían canastas y algunos otros utensilios y también productos.

Anexos de la casa comunal

A principios de este siglo, la tribu de los Cotos u Orejones tenía, además de la gran casa comunal, pequeños aposentos o "casas familiares", a donde se retiraban llegada la noche. Estos aposentos o casas familiares, distantes entre 50 a 100 m. de la casa comunal, medían aproximadamente dos metros de alto y dos metros de ancho. El techo era de dos aguas y llegaba hasta el suelo. En su interior, el ajuar estaba formado por una o dos hamacas tendidas y los tres tizones que alimentaban el fuego, eso era todo. Según Tejedor (92-3), la casa comunal era residencia durante el día y lugar para las grandes reuniones.

En el último siglo, los Canelos (Simson, 157-8) construían también habitaciones individuales, además de la casa comunal. Estas habitaciones estaban cerca de sus plantaciones y a ellas se retiraban con cierta frecuencia. También los Cashibos (Trujillo, 260) edificaban pequeñas construcciones, fuera de la casa principal, que les servían de cobijo particular. A veces tales construcciones estaban distantes, cerca de chacras individuales. Actualmente, algunos grupos de Jíbaros hacen una pequeña habitación-vivienda en sus lugares de caza y, a su lado, cultivan una chacra que les proporciona alimento durante la estada.

También en el último siglo, grupos de la familia lingüística pano edificaban casas de almacenamiento para armas y otros utensilios (Izaguirre, VIII, 247-8). Retrocediendo en las fechas, hasta el año 1734, el P. Simón Jara (Izaguirre, II, 70) "tuvo la satisfacción de hallar un galpón muy capaz, con gran cantidad de maíz y yucas, y en torno del galpón *algunas chozas*". Este testimonio se refiere a las Pampas del Sacramento. Nuestra pregunta es ¿se trata de chozas habitación de familias biológicas? parece que sí. En este caso es muy posible que el galpón fuese almacén y lugar de reunión. En todo caso, parece que, ya desde la antigüedad, ciertos grupos permitieron, en forma temporal o permanente, mayor independencia a la familia biológica. Y esta tendencia se hizo, sin duda, más pronunciada después de la experiencia del pueblo misional y la penetración de la Sociedad Nacional.

El pueblo omagua presentaba una realidad totalmente diferente. Aquí se contaba con una infraestructura de servicios, aunque fuese mínima. Carvajal (201) habla de una casa donde había dos "ídolos", así como de una casa donde había mucha cerámica. Asimismo, es lógico suponer que existirían casas de almacenamiento de productos, y también casas para otros fines.

Ubicación geográfica y estructura del núcleo habitacional

Siguiendo la narración de Carvajal, vemos que la estructura física del pueblo omagua, y lo mismo la del pueblo cocama, era muy parecida a la que tienen muchos de los actuales caseríos. Las casas en fila, a corta distancia una de otra, se alineaban a lo largo de las riberas del río Amazonas y en las islas. Para su ubicación geográfica se buscaban preferentemente las alturas o restingas próximas al río, sobre todo las que ofrecían mayores ventajas para la defensa. Así, en el citado Carvajal, se nos habla de "ciénagas" que separaban las alturas o restingas de tierra firme. Por supuesto, no debemos excluir la existencia de pueblos asentados sobre terrenos inundables, como atestiguan Acuña, Maroni y Fritz.

Los núcleos habitacionales de "tierra firme", formados por una o varias casas, tenían una estructura muy simple. Cuando eran dos o más casas, podían estar juntas o algo separadas. La casa o casas se encontraban ordinariamente al centro, a un lado, o muy cerca de la tierra cultivada, según afirman repetidos testimonios y ha sido la práctica posterior. Para citar un testimonio, Chantre y Herrera (67), hablando de las tribus del Marañón, dice: "hacen en torno (se refiere a la casa) sus siembras que llaman chagras y procuran que sea cerca de algún torrente o riachuelo".

Las cercanías del "riachuelo", del río o de la quebrada fueron siempre lugares preferidos para la ubicación del núcleo habitacional, aunque la necesidad de defensa obligaba frecuentemente a ocultar su vista desde el río, y aun a alejarse de él. El río o quebrada eran para el nativo, y lo son todavía, medio de vida, proporcionando una parte importante de la dieta alimenticia, además de agua para beber y mitigar el calor; pero el río y quebrada eran también camino de peligro, por donde llegaba fácilmente el enemigo. Por eso precisamente los grupos más débiles buscaron siempre las quebradas más alejadas y los lugares más inaccesibles, de modo que pudiesen estar a seguro de los ataques de sus enemigos (Izaguirre, XII, 460).

Y, en las cercanías del "riachuelo", río o quebrada, se elegían, con preferencia, los terrenos un poco elevados o restingas, a donde no llegase la creciente. De los Mayorunas, Chantre y Herrera (521) dice: "un corto espacio de tierra algo alta o que no sea anegadiza, como admita dos o tres o cuando más cuatro o más casas, es preferido para su establecimiento a otros terrenos más extendidos de tierra firme". Esto mismo podríamos afirmar de los restantes grupos nativos. Los Jíbaros acostumbra a hacer las jibarías, con fines de defensa, sobre una colina escalonada. Y esta sigue siendo su costumbre (Harner, 41).

Para defenderse de los ataques enemigos, a veces, se colocaban trampas en los caminos de acceso al núcleo habitacional. Esas trampas eran frecuentemente fosas, disimuladas con ramas y hojas, en cuyo fondo estaban clavadas estacas puntiagudas. El P. Martín Iriarte, citado por Chantre y Herrera (403), dice, hablando de su expedición a los Icaguates: "encontramos dos trampas en el primer día, pero como se andaba en orden no sucedió nada". Y la mis-

ma práctica tenían los Cashibos (Trujillo, XII, 255) y los otros grupos. Los Canelos (Pierre, 144) cercaban sus núcleos habitacionales de empalizadas, con entradas secretas.

Al núcleo habitacional, como a nudo radial, convergían diversos senderos que, en forma más o menos visible, comunicaban con el mundo circundante. Un primer sendero, ordinariamente el más transitado, venía del río o quebrada; otros senderos comunicaban con los núcleos vecinos que mantenían relaciones de amistad; y, otro, muy importante, se internaba en la selva, llevando hacia los lugares de caza. Este sendero se ramificaba ordinariamente en otros muchos senderos, por ejemplo tantos como hombres casados. En este caso cada hombre tenía su sendero de caza que consideraba su propiedad. La práctica actual de los Jíbaros sigue la costumbre tradicional, y también la siguen los Matsés o Mayorunas, "aunque la mayor parte del tiempo cualquiera puede usar el sendero" (Romanof, I, 122).

Espacio vital y vida semi-nómada

Ya se ha dicho anteriormente que los recursos alimenticios de la selva, particularmente de "tierra firme", están dispersos y disminuyen rápidamente. Por consiguiente, todo núcleo poblacional necesitaba de un espacio vital extenso: tierras donde pudiesen abrir nuevas chacras y lugares de caza y pesca. Las dimensiones de ese espacio vital venían determinadas en función de dos variables principales: 1) riqueza de recursos alimenticios en esa zona, considerando también la facilidad de regeneración natural, y 2) magnitud del grupo poblacional. Por supuesto, debieron influir asimismo otras variables, pero su importancia fue sin duda menor y frecuentemente de influjo transitorio.

Entrando al campo concreto de distancias y medidas, en las "várzeas" el espacio vital debió de ser proporcionalmente menos extenso. Esto lo deducimos de las mayores posibilidades alimenticias de las várzeas y lo confirman los datos de los primeros autores, ya citados. Distinta fue la situación de "tierra firme". Aquí el espacio vital tuvo que ser necesariamente extenso, y lógicamente más extenso cuanto mayor era el grupo humano. Así los misioneros hablan lo mismo de horas o de pocos metros que de días y cientos de metros de camino entre un núcleo poblacional y otro. De los Jíbaros, Izaguirre (XII, 401-2) afirma que sus viviendas se construyeron con grandes separaciones, pudiendo distar unas de otras hasta 4 y 6 días de camino". Diversos testimonios, sobre otros grupos, dan distancias de "tres días de fatigas de lodazales" (Chantre y Herrera, 365), "una hora de camino" (Uriarte, II, 30), "unos pocos cientos de yardas", "media legua", y otros tiempos y medidas. Podemos concluir que los núcleos habitacionales estaban "desparramados a intervalos desde unos pocos cientos de yardas a unos pocos miles".

Otra perspectiva que puede ayudar a computar la extensión del espacio vital, es la distancia a los lugares de caza. Ahora bien, estos lugares se prolongaban frecuentemente a varios días de camino, internándose al centro.

De lo expuesto anteriormente, se desprende la forma irregular de la distribución de los núcleos. Estos se presentaban frecuentemente en concentra-

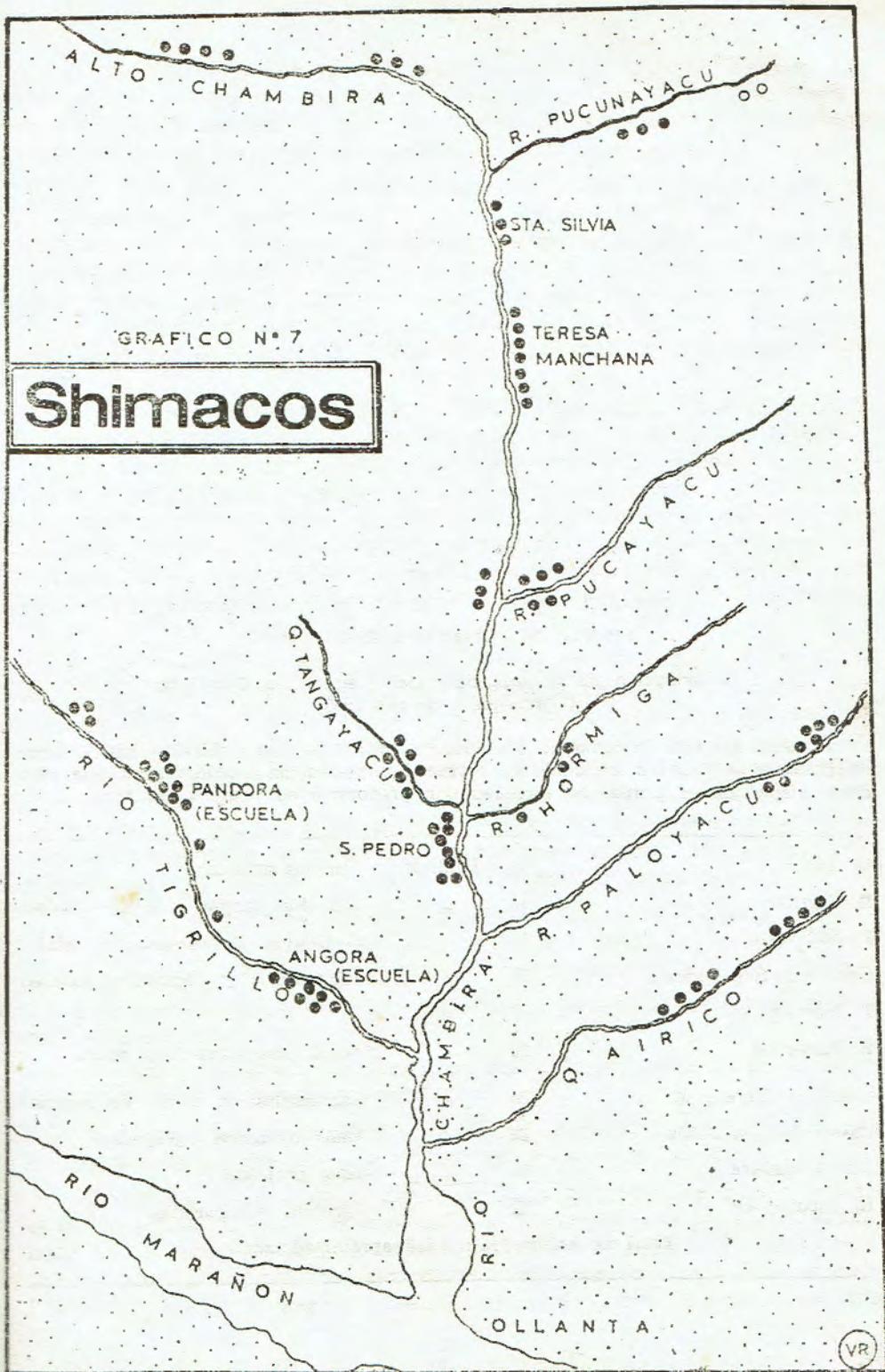


GRAFICO N.º 7

Shimacoc

SHIMACOS (Urarinas o Cimarrones)

(Distribución de la población nativa en el río Chambira)
(Corresponde al año 1958)

Presentamos este ejemplo de distribución actual de una población nativa, poco integrada a la sociedad nacional. La forma de distribución puede darnos una idea de la dispersión en grupos de vecindad que predominó en tiempos pasados.

Q. Airico	8	familias	(en dos grupitos)
R. Tigrillo	40	„	(en dos grupos y algunos solos)
R. Patuyacu	10	„	(retirados, llevan vida nómada)
Caserío : San Pedro	30	„	(el caserío y algunos dispersos)
R. Hormiga	5	„	
R. Pucayacu	20	„	(en forma agrupada y solos)
Caserío : Teresa M.	20	„	(agrupadas en forma de caserío)
Caserío : Sta. Silvia	12	„	(más o menos agrupados)
Alto Chambira	18	„	(dos grupitos)
R. Pucunayacu	12	„	(grupito y separados)

Total de habitantes : 1,400 aproximadamente

ciones, con distancias entre uno y otro relativamente pequeñas. Eran agrupamientos de parentesco o amistad que compartían, aunque con limitaciones y rasgos de particularismo, un determinado territorio o zona. Esta zona o territorio era extenso, formando el espacio vital del agrupamiento.

El espacio vital de cada núcleo o agrupamiento (varios núcleos) solía estar delimitado por ríos o quebradas. Era un territorio que el grupo o grupos consideraban como suyo, defendiéndolo, hasta donde permitían sus posibilidades, de toda penetración externa. Todo grupo se sentía pegado, con fuerza, al territorio donde vivía, y habían vivido sus antepasados. Sólo, cuando las reservas del habitat se volvían escasas, trataba de ensanchar su espacio vital, empujando a otras tribus. Esto creaba situaciones de fricción y de guerra con vecinos.

A partir del núcleo habitacional, el nativo organizaba la caza, la pesca, la recolección, y también las expediciones guerreras. Sin duda, las estaciones, con sus fluctuaciones de creciente y vaciante, debieron determinar cambios en la intensidad de esas ocupaciones. Pero, sobre esos cambios o variaciones estacionales, así como sobre el ciclo anual de los nativos, poco o casi nada conocemos, aunque es posible hacer suposiciones. Tales suposiciones se pueden fundamentar en las facilidades que brindan las diversas estaciones y también en las costumbres actuales de grupos menos integrados a la sociedad nacional.

Con el paso del tiempo, los recursos de las cercanías disminuían y el nativo se veía obligado a alejarse, cada vez más, para obtener su alimento. Llegaba un momento en que la estadía fuera del núcleo habitacional se prolongaba por varios días, y aun semanas y meses. En esta situación, el grupo debía elegir entre cambiar la ubicación del núcleo habitacional o permitir a sus miembros estar más tiempo fuera de él, con todos los peligros que esto lleva consigo. La elección era, con mayor o menor retardo, por la primera solución, trasladando la vivienda a un nuevo lugar, ordinariamente dentro del espacio vital. Hablando de la entrada del P. Luyando a los Panatahuas, Izaguirre (I, 101) afirma:

“Toda agrupación de indios es nómada: fijan su residencia en un punto dado por poco tiempo, y gozan en los cambios que realizan, levantando nuevas moradas y abriendo nuevas sementeras y plantaciones”.

Y el mismo Izaguirre (XII, 502), hablando en general de los nativos en otra parte de su obra:

“Mudan fácilmente de lugar, aun cuando hayan de levantar nueva casa y hacer nuevas sementeras”.

Las afirmaciones de Izaguirre recogen una constante de los grupos nativos de “tierra firme”, insistentemente anotada por los primeros misioneros.

Referente a la periodicidad de los cambios, no todos los grupos seguían el mismo patrón. Los Jíbaros cambiaban, si atendemos a la práctica posterior, cada 5 ó 6 años; y lo mismo hacían los Zaparos, Cashibos y algunos más. Otros grupos, por ejemplo los Mayorunas, tenían por costumbre cambiar cada 2 ó 3 años, tiempo de máxima productividad de la chacra. Evidentemente, esta

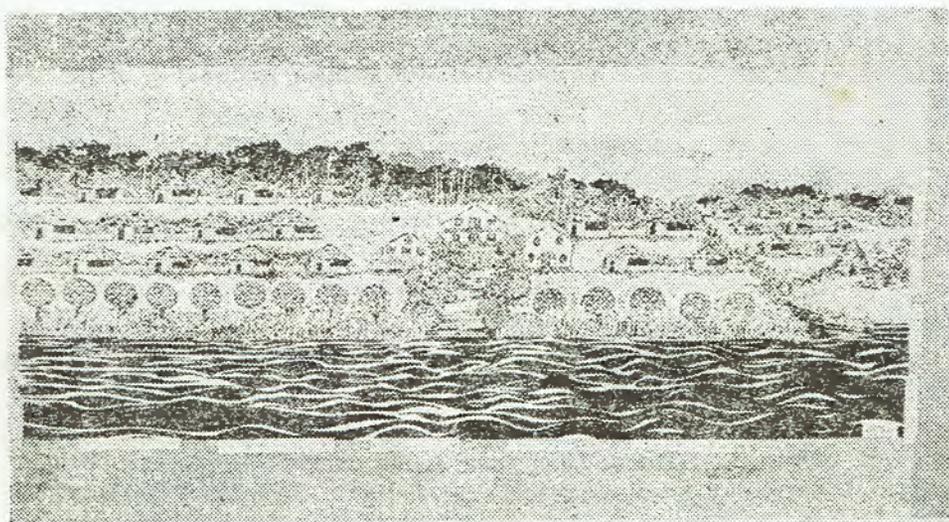
mayor o menor duración de los periodos era debida a costumbres y normas culturales de los diversos grupos, pero también a condicionamientos ecológicos: abundancia de recursos alimenticios, particularmente caza y pesca, y productividad de la tierra. Además, la duración podía ser afectada por situaciones ocasionales, tales como la "muerte de un miembro" o "jefe", el temor a los hechizos de un brujo", "la enemistad o pelea con vecinos", "el peligro de ser atacados", etc. (Izaguirre, I, 101; XII, 502).

En las "várzeas" la situación era diferente. Aquí el núcleo habitacional tuvo, según parece, estabilidad y permanencia. Lo permitía la mayor facilidad productiva y la rápida recuperación de recursos. Sólo los desbarrancos y otros imponderables obligaban, a veces, a mudar el lugar de habitación.

El pueblo misional

La dispersión en pequeños grupos, muy alejados unos de otros, así como su nomadismo o semi-nomadismo, dificultaban grandemente el trabajo misional. Esta situación, agravada por el escaso número de misioneros, además de otras razones prácticas, sirvió de justificación para implantar el nuevo modelo de asentamiento: el pueblo. El pueblo misional, de estructura bastante uniforme en todas las realizaciones de Jesuitas y Franciscanos, copió rasgos de modelos europeos, adaptándolos en lo posible a las características de la selva.

Centro radial del pueblo misional era la plaza, comúnmente de forma rectangular o cuadrangular, cercada por la Iglesia, la casa del misionero, y otras dependencias y servicios. Por delante de la plaza, siguiendo una línea paralela al río, pasaba la calle principal, con casas ordinariamente solo a un lado y dando cara al río. A veces, como era el caso de San Joaquín de Omagua, po-



dían existir otra u otras calles paralelas a la principal. De la plaza partía una calle o camino que bajaba hasta el río, terminando ordinariamente en un embarcadero. Y de la misma plaza o de la calle principal salía otra calle o camino que se internaba en la selva. Como ejemplo de pueblo misional, presentamos el dibujo de San Joaquín de Omagua, hecho a base de los datos que proporciona Uriarte (I, 138).

Preocupación constante de los misioneros fue llenar el pueblo de gente y hermosearlo. Para lograrlo hacían "salidas" o expediciones, "convitando a los infieles" a unirse a algún pueblo constituido, o, de no ser posible, a "juntarse y formar un pueblo" a orillas de algún río o quebrada que fuese de fácil acceso y comunicación. Por eso, la mayor parte de los pueblos misionales se ubicaban a orillas de los principales ríos.

Los misioneros cuidaron mucho del "entable político-religioso", siguiendo normas concretas de los "*Provinciales y Visitadores*". De San Joaquín de Omagua dice Uriarte (I, 140-50):

"Puso también, dicho P. Iriarte, ganado mayor y menor, con vacas y toro, y algunas cabras...; tuvo también puercos... y palomas...; plantó naranjos dulces...

Pongo otras cosas de policía y economías que hallé en Omaguas. Fuera del Gobernador, que era vitalicio, había capitanes de todas las parcialidades, que eran de sus antiguos principales o sus descendientes, y se confirmaban por el Sr. Gobernador de Mainas; había su alférez y sargento de milicias, con sus insignias, y estos juntaban gente para las entradas... Cada año se elegían varayos de cada parcialidad, con un alcalde mayor Omagua, estos cuidaban por semanas (llevaban todos los asuntos de administración ordinaria del pueblo, distribuyendo los diversos trabajos y vigilando su ejecución). Para lo eclesiástico se elegían fiscales.

Existía un trapiche...; la herrería era una oficina utilísima...; había carpintería...; en un cuarto bajo se puso su telar...; ni faltaron pintores".

Un fenómeno, paralelo a la aparición de pueblo misional, y, al menos en parte, determinado por él, fue el alejamiento de diversos grupos nativos, no deseados de unirse en un pueblo, hacía zonas de más difícil acceso. Por consiguiente, hubo despoblamiento de ciertas zonas que antes soportaban una cierta densidad demográfica. Además, la población total de la selva disminuyó por efecto de las epidemias. Estos fenómenos se profundizaron y extremaron en tiempo del caucho, cuando el nativo fue perseguido, esclavizado, muerto, y, en el mejor de los casos, empujado hacia los lugares más inaccesibles de la selva.

El fundo ribereño

El fundo ribereño, su instalación y estructura, respondió a otras inquietudes, de rasgo económico capitalista, diferentes a las que movieron a la creación

del pueblo misional. Representó la nueva condición de la selva y del nativo: "salvaje a quien se debía domesticar". La selva pasó a ser colonia extractiva y el nativo se convirtió en mano de obra barata, en estado "salvaje" y, por tanto, de libre disponibilidad, que sería de quien primero la "domesticase".

Centro vital del fundo era la casa patronal. Dotada de ciertas comodidades, según la mayor o menor importancia del fundo, era residencia del patrón y de su familia. A la casa habitación se adosaban frecuentemente algunas construcciones, destinadas a los diversos servicios. La casa y sus anexos, además de ser casa habitación, hacía también las veces de almacén de productos, de casa comercial, de banco de habitación, de corte de justicia, de puesto de policía, de posta sanitaria, etc. Y a la cabeza de esas múltiples funciones estaba el patrón, cuya decisión era la última palabra. En apoyo de las afirmaciones anteriormente hechas podemos aportar múltiples testimonios escritos y orales.

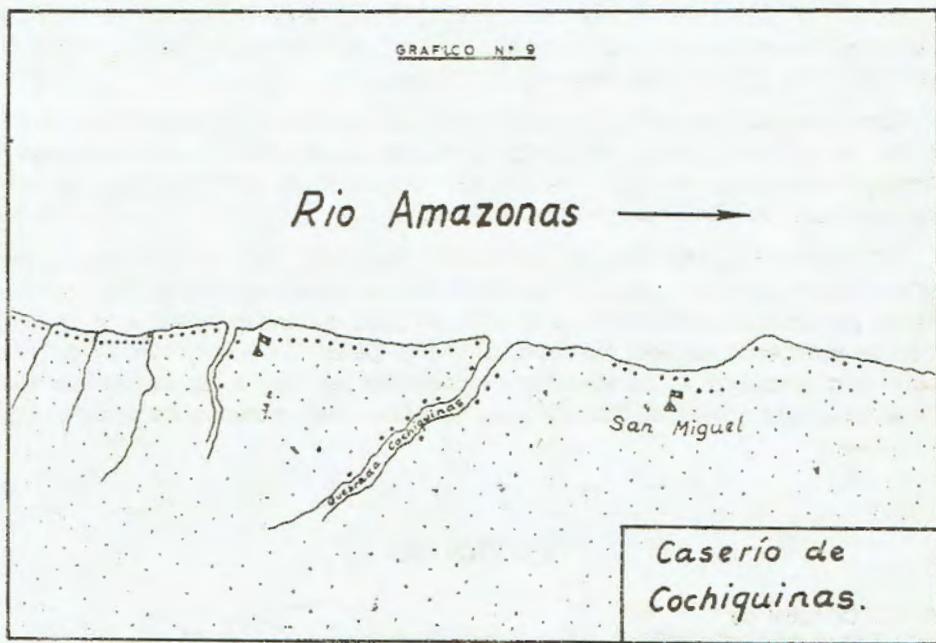
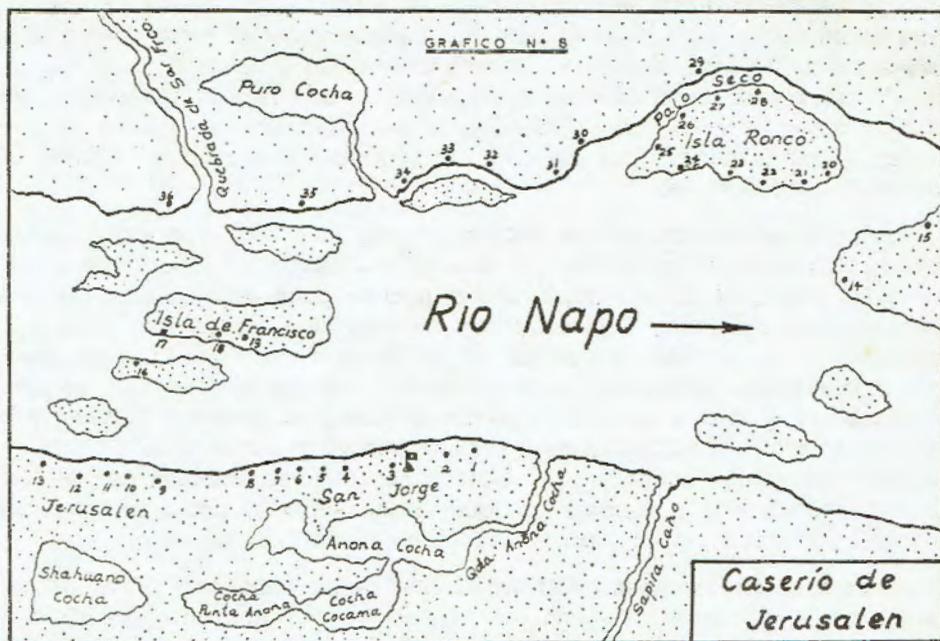
La casa patronal ocupaba ordinariamente alguna pequeña altura o restinga, muy cerca del río o quebrada. Los terrenos que rodeaban la casa, hasta cierta distancia, estaban despejados, siendo comúnmente pastizales. A corta distancia de la casa patronal, ordinariamente en los límites del pasto o "despeje", se encontraban la casa o casas de la "peonada", siendo, este último modelo de asentamiento, más frecuente.

En general, todo fundo desarrollaba diversos trabajos: ganadería, extracción de madera u otros productos, agricultura, destilación de caña de azúcar, caza, pesca, y otros más; pero, a pesar de ello, uno de los trabajos tenía ordinariamente preferencia sobre los otros, dando carácter propio al fundo. La "peonada", en su mayor parte formada por nativos con sus familias, se ocupaba de estos diferentes trabajos, adaptando su vida al tipo de ocupación que realizaba en ese momento y en ese fundo. Cuando se trataba de tareas de extracción debían ausentarse del fundo por largo tiempo o vivir casi permanentemente dentro del monte, ordinariamente bajo la dirección de un capataz o del mismo patrón. La familia podía desplazarse con el jefe de hogar o bien quedarse en el fundo, siendo esta última práctica más común. También los miembros de la familia hacían trabajos para el patrón.

El fundo ribereño aisló a la "peonada", que, como hemos dicho, eran principalmente nativos, del mundo humano circundante, alejándola de todo contacto externo. Esto favorecía los fines patronales de dominación. Además, estructuró un sistema radial de poder, con eje en el patrón, que desconectó los mecanismos de control grupal e individualizó las relaciones, anulando toda oposición. Por otra parte, el fundo ribereño se hallaba conectado, siendo su último tentáculo, a todo el sistema extractivo-mercantilista que le daba vida.

El caserío ribereño

El caserío ribereño —modelo actual de asentamiento rural— está formado ordinariamente por casas dispersas. Siguiendo, casi todas ellas, la ribera del río o quebrada, las casas se suceden a distancias irregulares que van desde



unos pocos metros hasta muchos cientos. A veces algunas casas se acercan entre sí, formando un pequeño núcleo que frecuentemente hace corona a la casa-escuela. Algunos caminos o veredas comunican a varias o todas las casas. Y estos caminos o veredas están cortados, con relativa frecuencia, por quebraditas, entradas o caños que obligan, particularmente en tiempo de creciente, a usar la canoa. Los gráficos 8 y 9 ofrecen dos croquis de caseríos que son representativos.

La casa del ribereño puede adoptar uno de los 4 modelos existentes en la zona. Sin embargo, el modelo corriente es una estructura rectangular o cuadrangular, hecha de palos y hojas, con el piso de pona, elevado a un metro o metro y medio del suelo. Esta estructura rectangular o cuadrangular está ordinariamente dividida en dos mitades por un tabique que sigue una línea perpendicular a la fachada. Una mitad hace de "cuarto", cerrado con paredes de pona o caña brava; y la otra mitad es lugar de reunión y permanencia familiar, y la cerca solamente una varandilla de aproximadamente un metro de alta. Para cocina es más común habilitar otra pequeña construcción, también con el piso elevado del suelo a la misma altura que la casa, que se une a la estructura principal por medio de un pasillo o simplemente de unas tablas.

Separadas de las casas están ordinariamente las chacras o tierras de cultivo, donde el ribereño pasa gran parte de su tiempo. Son chacras individuales que proporcionan el porcentaje mayor de la dieta alimenticia. Esta dieta se completa con pescado y carne de monte, otras dos ocupaciones que son principales en la vida del ribereño. El ribereño distribuye su tiempo entre esas diferentes ocupaciones, dando mayor o menor importancia a una u otra según las estaciones y las facilidades del momento.

Ejes centrales de la vida social, dentro del caserío, son, además de la casa familiar, la "chingana" y el campo de fútbol. Particularmente los sábados y domingos, el campo de fútbol se convierte en lugar de reunión, donde se dan cita personas de diferentes edades y sexo.

El caserío ribereño, con su aislamiento de casas, es posiblemente la forma mejor adaptada al sistema productivo, con su condicionante ecológico. Asimismo, se adapta perfectamente a la búsqueda de independencia y libertad que son características del ribereño. Por otra parte, los ejes y formas de vida social dan respuesta a las inquietudes comunitarias. Entre las formas de vida social debemos anotar la "minga", las "masateadas", además de las otras ya indicadas.

BIBLIOGRAFIA

- ACUÑA, Cristóbal de
1942 *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*. Buenos Aires.
- AMICH, José
1975 *Historia de las Misiones del Convento de Sta. Rosa de Ocopa*. Lima.

CARVAJAL, Gaspar de

1934 **The discovery of the Amazon, according to the account of friar Gaspar de Carvajal and other documents.** Recogido por José Toribio Medina. American Geographical Society, Special Publication.

CHANTRE Y HERRERA, José

1901 **Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español.** Madrid.

FRITZ, Samuel

1922 **Journal of the travels and labours of Father Samuel Fritz in the river of the Amazons between 1686 and 1723.** London, The Hakluyt Society, 2nd. series Nº 51.

HARNER, Michael J.

1975 **The Jivaro. People of the Sacred Waterfalls.** New York.

HERNDON, William Lewis y Lardner GIBBON

1853-4 **Exploration of the valley of the Amazon,** cit. en J.H. STEWARD, **Handbook of South American Indians,** III, 731.

IZAGUIRRE, Bernardino

1922-29 **Historia de las Misiones Franciscanas en el Perú.** Lima.

LAUREANO DE LA CRUZ

1900 **Nuevo descubrimiento del río Marañón llamado de las Amazonas (1651).** Madrid.

MARONI, Pablo

1889-92 **Noticias auténticas del famoso río Marañón y Misión Apostólica de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito en los dilatados bosques de dicho río.** Madrid. Bol. Soc. Geogr., v. XXVI-XXX.

MEGGERS, Betty J.

1973 **Amazonia. Man and culture in a counterfeit paradise.** Chicago.

NIMUENDAJU, Curt

1963 "The Tucuna", en **Handbook of South American Indians** III, 713-25.

PIERRE, F.

1889 **Voyage d'exploration d'un missionnaire dominicain chez les tribus sauvages de l'Equateur,** cit. en J. H. STEWARD, **Handbook of South American Indians,** III, 640.

PREUSS, Konrad Theodor

1921-3 **Religion und Mythologie der Uitoto. Textaufnahmen und Beobachtungen bei einem Indianerstamm in Kolumbien, Südamerika (2 v.).** Leipzig ad Göttingen.

ROMANOF, Steven

1977 "Informe sobre el uso de la tierra por los Matsés en la selva peruana". **Amazonia Peruana,** I, 97-130.

SIMSON, Alfred

1886 **Travels in the wilds of Ecuador and exploration of the Putumayo river,** cit. en J. H. Steward. **Handbook of South American Indians,** III, 645.

SKINNER, José

1805 **The present state of Perú: comprising its geography, topography, natural history, etc.,** cit. en J. H. STEWARD, **Handbook of South American Indians,** III, 582.

STEWARD, Julian H. y Alfred METRAUX

1963 "Tribes of the Peruvian and Ecuatorian Montaña", en J. H. STEWARD, **Handbook of South American Indians,** III, 535-656.

TASTEVIN, Costant

1920 "Quelques considérations sur les indians du Jurúá". Bull. Mém. Soc. Anthropol. Paris, X, 144-54.

TEJEDOR, Senen

1927 **Breve reseña histórica de la Misión Agustiniiana de San León del Amazonas.** El Escorial (Madrid).

TESSMANN, Günter

1930 **Die Indianer Nordost-Perus.** Hamburg.

TRUJILLO, Alfonso

1960 "Análisis del comportamiento económico de los Cashibo frente a los efectos aculturativos". **Revista do Museu Paulista**, XII, 201-309.

URIARTE, Manuel

1952 **Diario de un misionero de Mainas.** Madrid.

VEIGL, Franz Xavier

1785 "Gruendliche nachrichten ueber die verfassung der landschaft von Maynas in Sudamerika, bis zum Jahre 1768", en Murr, Christoph Gottlieb von. **Reisen einliger missionarlen der gesellschaft Jesu in Amerika**, 1-324.